

## EL SIGLO XVII

### LAS EMBAJADAS EXTRANJERAS

Los rusos no fueron los únicos europeos que enviaron embajadas a China en los siglos XVII y XVIII. Los portugueses y los holandeses llamaron muchas veces a las puertas de China. Kangxi estableció cuatro ciudades como puertos de llegada de embajadas extranjeras. Cantón era el puerto asignado a los europeos. Las embajadas debían seguir un protocolo muy estricto. A la llegada de la embajada, las autoridades provinciales revisaban sus obsequios y se aseguraban de que los recién llegados conocían el protocolo chino, sobre todo cómo dirigirse al Emperador. Como el "kowtow", que consistía en arrodillarse y tocar el suelo con la cabeza. Este gesto impresionó a los europeos. Era una de las primeras características chinas que entrarían en la imaginación europea. La embajada era guiada entonces hasta Beijing y tenía que esperar a ser recibida en audiencia. Todos los embajadores extranjeros estaban convocados al amanecer en las puertas de la Ciudad Prohibida, mientras las autoridades chinas los esperaban y exhibían públicamente sus obsequios. Los regalos más habituales de los estados tributarios eran especias, productos exóticos, animales exóticos, joyas y también seres humanos, hombres y mujeres.

Para un enviado coreano, vietnamita o camboyano rendir homenaje en el centro de su universo cultural era una ceremonia muy impresionante. En cambio, en el siglo XVII, las embajadas europeas no eran tan entusiastas. Algunos de los que iban con la embajada dibujaban bocetos de lo que veían y, una vez en Europa, los convertían en grabados.

La porcelana azul y blanca había ayudado a difundir imágenes chinas por toda Europa en el siglo XVI. En el siglo XVII, en cambio, fueron los grabados los que abrieron los ojos de Europa a las novedades chinas. Pero, a diferencia de la cerámica, los grabados eran producidos por los europeos que habían visto China con sus propios ojos, y esto hacía que sus imágenes fueran más creíbles.

Este fue el caso de Johan Niuehof, que entre 1655 y 1657 viajó desde Cantón hasta Beijing navegando por los ríos del sur de China hasta el Yangtsé y, desde allí, a través del Gran Canal hasta Beijing. Su libro, publicado en 1665, combina las observaciones de primera mano del autor con la información que extrajo de los grandes libros sobre China ya existentes: los de Martini, Semedo, Trigault e incluso

González de Mendoza, de donde copió la lista de libros que había comprado Martín de Rada en China. Hizo bocetos de una cantidad extraordinaria de ciudades chinas y publicó un relato de su viaje junto con los 150 grabados en cobre. En el siglo XVII, Europa vio por primera vez la ciudad de Cantón rodeada de sus extensas murallas y abierta a un animado puerto lleno de barcos europeos y juncos chinos.

Nieuhof captó la importancia de los arcos ceremoniales esparcidos por la ciudad, aunque para realzar su relevancia los colocó en una plaza típicamente europea. Muy a menudo sus ciudades chinas tenían un inconfundible perfil europeo. Una vista detallada de Beijing muestra la extensa muralla que la rodea, junto a las puertas de la ciudad. Las carreteras aparecen abarrotadas y las cuidadas parcelas agrícolas proporcionan el alimento necesario a la gran ciudad. Destacó la Gran Muralla serpenteando en las cumbres de las montañas. Le fascinaba la Ciudad Prohibida y por ello reprodujo fielmente su avenida central. Para realzar la solemnidad de la llegada de la embajada a la Ciudad Prohibida, decoró especialmente los edificios que rodeaban la zona de espera de la embajada. En una esquina de la plaza esperaban también los embajadores mongoles. Vestían las hermosas túnicas de seda que les habían regalado las embajadas anteriores. Los manchúes trataban muy bien a los mongoles. Otro grupo destacado en la capital Qing eran los lamas tibetanos. Para el Estado manchú, era esencial tener buenas relaciones con ellos para mantener el apoyo de los mongoles.

Representó a hombres chinos con ropa de estilo manchú y trenzas delante de una torre de estilo europeo y una pagoda. Las mujeres chinas aparecen con sus pequeños pies y no muy lejos de sus hogares. Más allá, las murallas de Nanjing se abren a una larga vía fluvial que conecta la ciudad con el poderoso río Yangtsé. Una calle de Nanjing evoca la vitalidad comercial de las ciudades chinas.

En el centro de un imponente recinto religioso se levanta la pagoda de porcelana, erigida 200 años atrás por Zheng He antes de realizar uno de sus largos viajes marítimos. Ya desde hacía algún tiempo, los europeos habían oído hablar de esos templos chinos llenos de dioses y humo. Esta era su primera oportunidad de echarles un vistazo. Nieuhof reproduce con un detalle minucioso las grandes ciudades que se encontraban a lo largo del Gran Canal, poniendo de relieve la importancia del tráfico marítimo y las omnipresentes murallas que las protegían. Era una tierra de riqueza donde las frutas y los árboles crecían asombrosamente altos. La alta sociedad podía disfrutar de la vida navegando con maravillosos barcos a lo largo de los ríos y lagos, mientras los demás encontraban todo tipo de atracciones para entretenerse.

Del relato de Nieuhof se desprenden algunas observaciones críticas de China que se filtran en sus grabados, como cuando muestra mendigos con una canga al cuello. Los grabados de Nieuhof transmitían observaciones personales y representaban paisajes y ciudades chinas de manera convincente. Proporcionaron a los europeos

su primera visión gráfica del mundo chino. Era una visión estimulante y los grabados de Nieuhof ganaron una enorme popularidad y reaparecieron una y otra vez en las obras más influyentes sobre China a lo largo de todo el siglo XVIII.

Otros dos autores cuyos grabados también impactaron en la imaginación europea nunca estuvieron en China.

El primero, el jesuita Athanasius Kircher, utilizó el enorme depósito de informes de los jesuitas para escribir su libro *China Illustrata* en 1667. Algunos de sus grabados, como el perfil inacabado del Palacio Potala en el Tíbet, tuvieron un profundo impacto sobre la mente europea, impulsando una visión romántica del Tíbet. Pero sus edificios chinos parecen de todo menos chinos, de la misma manera que los vestidos y el comportamiento de sus mujeres chinas son tan incongruentes como sus representaciones caligráficas.

El segundo de ellos, Willem Blaeuw, tampoco había viajado nunca, pero siguió con atención los numerosos informes de viajes que fueron llegando cada vez con más frecuencia a Europa. Sus fuentes principales eran las embajadas holandesas a China y sus grabados seguían muy de cerca sus descripciones. Algunos de los grabados de su libro sobre China, publicado en 1671, se hicieron muy populares, como esta escena de la embajada holandesa esperando de madrugada frente a la imponente puerta de la Ciudad Prohibida. Entre los objetos que muestra la embajada holandesa en primer plano, un globo terráqueo señala la importancia de la cartografía en los intercambios diplomáticos con China.